

*Favorecer el diálogo con nosotros mismos y los demás, para tratar de mejorar esa violencia y ferocidad que nos caracteriza, es el hilo conductor de la propuesta aquí expresada por la autora.*

# ¿El amor?, ¿la pareja?, ¿la familia?... ¿palabrería?\*

*Utopía significa no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas como debieran ser, saber que al mundo, como dice un verso de B. Brecht, le hace buena falta que lo cambien y lo rediman.*

Claudio Magris (2001)



*Ilustración tomada del extraordinario libro de Alfredo Marcos El hombre que no podía irse, recientemente publicado.*

matilde  
caplansky

Psicoanalista

ENSAYO

57

**E**n esta ocasión pretendemos juntar unas cuantas líneas a medias inconexas sobre las relaciones afectivas —así llamadas entre nosotros las personas—, en un afán de conectarlas en una reflexión que alcance algún sentido.

La familia no tiene —ni ha tenido— nada de natural; se

trata de una institución humana, y en ese sentido podemos hablar de la familia como constructo cultural (sin entrar a detallar lo de cultural, en esta ocasión...), que a su vez instituye un discurso de la familia.

La familia como tal, entonces, tendría, de un lado, un aspecto

que podríamos llamar mandato biológico —la reproducción de la especie—, y, del otro, una ficción simbólica, que, según algunos

\* Texto de referencia: "Módulo de violencia y maltrato en la familia", de José Ramón Ubieta. Presentado como conferencia inaugural en el II Congreso Estatal de Murcia, España, en febrero del 2003.

teóricos, tendría un objetivo básico: regular el goce de sus miembros y permitir alojarlos en un universo social simbólico. Esta operación deja residuos no absorbibles (interesante tesis de J.R. Ubieto, España, 2003), algo sin palabras que puede tomar, las más de las veces, la forma de un síntoma, y este es la violencia, como un *impasse* de lo simbólico, es decir, donde la persuasión de las palabras no llega y entonces surge el acto como ruptura de la cadena simbólica.

Esta tesis tampoco es del todo novedosa, ya que toda civilización ha generado siempre un resto, un residuo de la operación civilizadora, pero, al mismo tiempo, ha creado dispositivos para ocuparse de ellos: instituciones mentales, sociales, educativas, de reclusión y otras.

¿Qué sería lo novedoso? Podríamos mencionar, entre otras ideas, que:

1. Es evidente la transformación sufrida por los ideales tradicionales —Dios, patria, familia, padre— y su sustitución por otros tales como placer inmediato, consumo en compras, deporte compulsivo, drogas y sexo...
2. Hoy no son pensables las dinámicas familiares sin tener presentes sus cambios rotundos: separaciones, divorcios, nuevos cónyuges —en un amplio sentido, a veces el padre puede ser sustituido por otra mamá—, nuevos hermanos, es decir, un universo de significantes nuevos o, mejor

aun, novísimos, que sin duda construyen nuevas relaciones simbólicas y funcionales.

El énfasis en el *fast-pleasure* (satisfacción inmediata) es la búsqueda del goce intenso e inmediato como la forma imprescindible valorada y deseable. La velocidad, la negación de lo que hace sufrir —como si eso fuese posible—, la huida hacia ningún lado, porque sabemos

*La paradoja es que esta cultura del olvido lleva implícito su propio fracaso, ya que lo reprimido regresa y porque el dolor, ya lo dijimos, es inevitable en "este bien llamado valle de lágrimas".*

que cuando el verdadero dolor llega no hay lugar donde uno pueda esconderse, pero no cabe duda de que el esfuerzo amnésico para "olvidar" es enorme: fármacos buenos y malos, cuarzos, terapias alternativas, gimnasios, yoga, TODO VALE para 'cortocircuitar' el duelo inseparable e insoslayable, por muchas y variadas razones de la condición humana.

La paradoja es que esta cultura del olvido lleva implícito su propio fracaso, ya que lo reprimido regresa y porque el dolor, ya lo dijimos, es inevita-

ble en "este bien llamado valle de lágrimas".

Vemos en el contexto de la clínica los cuadros más frecuentes (bulimia, anorexia), que no son sino el recrudescimiento de los tradicionales cuadros histéricos (conversivos), fatiga crónica, ludopatía (los invito a mirar los cientos de autos estacionados desde tempranas horas en los casinos), el interés por las transgresiones al límite de la vida: *dark tourism*, *webcam*, promiscuidad sexual, drogas fuertes, velocidad en autos y motos de todo tipo, demostrando que las metas del placer son la intensidad, la saciedad; en suma, la anestesia. La sexualidad como tabú del siglo XX (mitad por lo menos) ha sido desplazada por ser demasiado "light y previsible".

Sobrevivir a esta exploración del límite nos hace sentir, nos preguntamos, ¿inmortales?, ¿o es pasión necrofílica? Recordamos ese discurso de Don Habrey (Barcelona-Combat Vital): "[...] nosotros somos los resistentes (?), la sociedad civil; nuestra misión es la de alertar al mundo sobre su debilidad creciente". Este discurso, que en el siglo XX lo encontramos en la literatura, buena y mala por doquier, pasa hoy por hoy a constituir una moda extendida sin límites de edad, y allí radica, quizá, su gravedad.

Otros ingredientes importantes en esta reflexión sobre la situación actual de la llamada familia y de las formas diversas

que toma la violencia son sin duda el nuevo estatus de la mujer y la legitimación, formal al menos en algunos ámbitos sociales, de la infancia.

¿Dónde ubicar, en este planteamiento general, los afectos como el amor, por ejemplo, o el por desgracia cada vez más frecuente fenómeno de la violencia doméstica entre parejas, padres, hijos y hermanos?

En su "Tratado del alma", Aristóteles nos recuerda que es el afecto el principio del movimiento de la experiencia humana. Si no sintiéramos nada —dice— no seríamos plenamente conscientes y entonces poco o nada pasaría en nuestra existencia. Lo cual es cierto.

Tenemos varias posibilidades de entrar al tema. Una sería partir de la consideración del discurso como una manera de ordenar los factores en juego: sociales, políticos, culturales, individuales, y permite fundar la realidad y otorgar un nuevo lugar al sujeto en ese nuevo reordenamiento y con sus subsecuentes conductas.

Por supuesto que sabemos que hay discursos distintos. Tenemos, por ejemplo, un discurso fundamentalista que ordena todos los elementos en función de una referencia base y deja poco o nada de margen de maniobra a los sujetos que lo suscriben. Existe también un discurso laico que puede eventualmente admitir diferentes vías de socialización, de manera que el sujeto no está tan subordinado y puede



"Es el afecto el principio del movimiento de la experiencia humana".

ejercer —para bien o para mal— una mayor capacidad de juicio y libre albedrío.

Está claro que desde el nacimiento el *infans* está sometido a una identificación con el Otro (la mejor explicación de este fenómeno la tiene Piera Aulagnier) a través de las palabras con que esta lo designa y que forman parte de su primera acogida al universo simbólico. El bebé humano tiene como meta alcanzar un lugar para ese Otro(a), aunque sea al precio —inicial— de una alienación. Este proceso tiene su recorrido en el que las identificaciones imaginarias y las simbólicas se entretrejen. Más tarde la dialéctica del deseo permite que ese Otro(a) se particularice y se amplíe produciéndose así el llamado proceso de socialización que a su vez produce un mayor margen de

maniobra en el sujeto convirtiéndolo en un ser social. La conclusión freudiana es que un *quantum* de sugestión/amor es estructural y necesario en el ser humano y en sus instituciones.

El discurso tradicional de la familia señala así unos lugares precisos para cada miembro: padre, madre, hijos. Define también sus relaciones posibles y los modos de satisfacción a los que cada uno puede aspirar. La razón de su eficacia está en que el ser hablante es un sujeto del lenguaje al que accede por identificación-alienación al Otro. Aquí es donde Freud percibe ya de entrada la naturaleza del vínculo social: la importancia de la sugestión más allá de su uso técnico, y sus implicaciones éticas y teóricas. La obediencia del sujeto al Otro implica una

creencia en el Otro, lo que supone la identificación como premisa. De esta deducción parte Freud para el estudio de los ideales como la clave para entender la relación del sujeto con el Otro y con lo colectivo general. La forma extrema de esta identificación y, por tanto, de la obediencia, es lo que llamamos sugestión.

Esa definición formal de familia como lugar de armonía, solidaridad, seguridad (el lugar más peligroso para un niño, según los sociólogos), coexiste con otras lógicas. Para decirlo en otros términos: no son los ideales formales los que cohesionan el grupo familiar sino los lazos de amor y sugestión entre

ejemplares cuando en la familia son el mismo diablo.

Finalmente, estas transformaciones tienen su reflejo en el campo de la economía libidinal, esto es, en los modos de obtención de la satisfacción, a través sea de objetos de consumo, estilos de vida, psicofármacos y, sobre todo, un nuevo tiempo de la satisfacción. Para las mujeres, por ejemplo, se plantea un valor distinto de los hijos, que ya no son su única opción para obtener la satisfacción de su identidad "femenina". Hay otras vías que les permiten situarse en una lógica *del tener*: profesión, riqueza, títulos, hijos sin padre. ¿Qué ocurre hoy

mos es una serie de pasajes, por lo común de los varones, al acto de carácter reactivo, generalmente autojustificados por la presencia en su *partenaire* (mujer-hombre) de un goce insoportable, de una alteridad que significa una diferencia —cualquiera que estas sean— que les es imposible soportar y que además tratan de destruir con sus golpes y descalificaciones sistemáticas.

La confrontación de los sexos aparece a cielo abierto sin tapujos e intermediaciones, con características de crudeza y crueldad evidentes e insoportables.

Si pensamos en otra violencia, la de los hijos hacia los padres, cada vez más presente en las demandas de los padres a los profesionales, tenemos también un catálogo variado de situaciones. En muchos casos aparece el agotamiento de una relación erotizada madre-hijo, donde los rasgos perversos de ambos sujetos se hacen patentes. En otras ocasiones el estrago materno de las relaciones madre-hija aparece en primer plano, a veces como contraefecto de una supuesta relación entre amigas que borra cualquier diferencia generacional. Las tensiones paranoides de algunos padres, que en otros momentos se disimulaban por la marcha precoz de los hijos del hogar —en las clases más favorecidas—, ahora se hacen presentes en la cotidianidad de

*La violencia es ella misma fundadora y conservadora del derecho. En ese sentido podemos afirmar que no hay familia o institución sin violencia, que aparece bajo la forma de las múltiples coacciones (físicas, sociales, educativas).*

sus miembros. Algunos de ellos implican claras desigualdades en cuanto a la posición de cada uno (sujeto/objeto). Es en esta lógica que podemos ubicar el peculiar sometimiento de las mujeres y hombres maltratados por sus respectivos cónyuges ("La crueldad entre los géneros". Caplansky, M., 2002). También podemos percibir esa doble lógica en las sorpresas que producen los agresores en muchos de sus conciudadanos que no dudan de calificarlos de

cuando esa ficción familiar se ve cuestionada por toda una serie de transformaciones sociales y familiares a las que antes nos hemos referido?

Encontramos una diversidad de posiciones subjetivas y un hecho que se repite: la violencia surge allí como índice del *impasse* de esa ficción simbólica. Desvelado el goce que la sostenía (abusos, maltratos), el relato ya no sirve a sus miembros, y lo que observa-

algunas familias de forma dramática en tanto la salida de los hijos del hogar parental se ha prolongado peligrosamente, sobre todo por razones económicas.

Todas estas tensiones se localizan en mi opinión en el trasfondo de una descreencia en las figuras parentales, y es obvio que sin creencia no hay obediencia posible, y el respeto como semblante queda en entredicho. La ficción del padre declina y en su lugar surge un resto cínico donde saber y goce aparecen unidos, y esta se articula en una situación feroz, en mi opinión, más grave que los llamados trastornos antisociales, comprobando que el aumento de la violencia, la amoralidad y lo que podríamos llamar "anomia familiar" son ejemplos de los trastornos que describimos.

Por supuesto, estas nuevas formas de presentación del síntoma social no implican que la violencia como tal no estuviese presente antes; solo que formaba parte del propio programa institucional, y de la lógica de otro discurso en el que la significación social, la subjetividad y la satisfacción tenían otro sentido y otra forma. Si ahora sobresale es porque las transformaciones mencionadas la hacen emerger como disruptiva con las nuevas lógicas.

La violencia es ella misma fundadora y conservadora del

derecho. En ese sentido podemos afirmar que no hay familia o institución sin violencia, que aparece bajo la forma de las múltiples coacciones (físicas, sociales, educativas). Es esta una violencia legitimada que implica desigualdad en las posiciones.

La caída de ese derecho fundado y su sustitución por otro implica el resurgimiento de

responsabilización respecto de la causa. Por otro lado, las nuevas tecnologías, la llamada cultura digital (celular, computadora, internet, globalización), introduce una nueva interactividad que produce otros múltiples efectos que no trataremos en esta ocasión.

En este contexto ubicamos estas breves reflexiones, esperando favorecer un diálogo con



*No son los ideales formales los que cohesionan el grupo familiar.*

la violencia como un recurso del sujeto que manifiesta así su existencia (cólera) privado del derecho que sostenía su poder. La universalización de la cosmética psiquiátrica —ansiedad, depresión, timidez, impotencia— permite una des-

nosotros mismos y los demás que nos permita, en alguna forma, tratar de mejorar esta ferocidad que describíamos líneas arriba en torno de nuestras relaciones de amor con nuestra pareja, familia e hijos. ■